



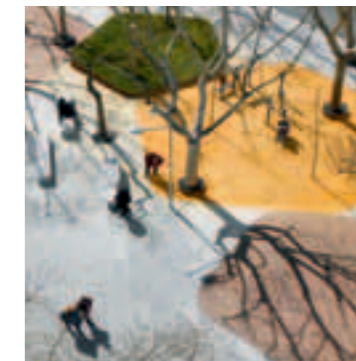
Vivir juntos

Los europeos necesitamos vivir juntos: vivir juntos en alojamientos colectivos y ciudades compactas, y vivir juntos en países solidarios y un continente común. En esta hora difícil de Europa, recordar la lógica económica y ambiental del residencial comunitario y de la urbanidad densa —y esto procuramos con las obras aquí recogidas y con el artículo que las precede— equivale a ofrecer una metáfora arquitectónica del reto político a que se enfrenta nuestro continente, fragmentado en naciones que persiguen con miopía objetivos divergentes, y estas a su vez fracturadas por banderías que ignoran un proyecto compartido. Sin embargo, Europa sólo puede enfrentarse con éxito a una crisis que ha puesto de manifiesto su declive geopolítico reforzando su estructura institucional y su cohesión territorial. Debemos vivir juntos, y también pensar juntos en los desafíos colosales que se abren ante nosotros.

Esta península de Asia no es ya el centro económico o político del mundo. Si los anteriores ensayos de unificación europea —que inevitablemente asociamos a los nombres de Carlomagno, Carlos V y Napoleón— eran apuestas imperiales de proyección de poder, la actual atribulada unión lo es de supervivencia, motivada primero por el temor a ver desangrarse de nuevo al continente en guerras intestinas, y justificada hoy por la vulnerabilidad comercial o financiera de sus economías. Debilitada la protección militar de Estados Unidos, que desplaza crecientemente sus efectivos hacia el teatro del Pacífico, dependiente para su suministro energético de una Rusia imprevisible y un Medio Oriente convulso, desafiada cultural y demográficamente por un mundo árabe en ebullición, y abrumada por la vigorosa competencia mercantil asiática, la Unión Europea se encamina hacia una encrucijada histórica.

Desde el limitado campo de la arquitectura apenas podemos hacer otra cosa que subrayar la importancia crítica de los tipos edificatorios y los modelos urbanísticos en el consumo de energía —condicionante esencial de la dependencia exterior— y la trascendencia del ámbito público de la ciudad en la formación del espíritu cívico y la voluntad colectiva: vivir juntos es económica, ecológica y socialmente saludable. Los dos congresos internacionales convocados por la Fundación Arquitectura y Sociedad en 2010 y 2012 lo hicieron bajo lemas complementarios —‘Más por menos’ y ‘Lo común’— que acaso resumen bien las opciones en este momento de crisis: suministrar más utilidad y belleza consumiendo menos recursos, y dar prioridad a todo aquello que compartimos; frente al despilfarro y al individualismo, la austeridad y la solidaridad. El significado de vivir juntos tal vez no sea otro que ese.

Luis Fernández-Galiano



Europeans need to live together: living together in collective housing and compact cities, and living together in well-integrated countries and a shared continent. At this difficult time in Europe, remembering the economic and environmental logic of apartment buildings and dense cities – and this is what we try to do with the works gathered here and with the article preceding them – is equivalent to offering an architectural metaphor to the political challenge that our continent faces today, divided into nations that short-sightedly pursue divergent objectives, and these further fractured into groups that ignore a shared project. However, Europe can only successfully face a crisis that has evidenced its geopolitical decline by reinforcing its institutional structure and its territorial cohesion. We must live together, and also think together about the colossal challenges we are facing.

This peninsula of Asia is no longer the economic or political center of the world. While the previous attempts to unify Europe – which we inevitably relate to the names of Charlemagne, Charles V and Napoleon – were imperial bets to project power, the current troubled union is one of survival, motivated originally by the fear of seeing the continent bleed out again in internal wars, and justified today by the commercial and financial vulnerability of its economies. With a weakened military protection of the United States, which is increasingly moving its troops towards the Pacific theater, dependent for its energy supply on an unpredictable Russia and a convulse Middle East, challenged culturally and demographically by an Arab world in turmoil, and overwhelmed by the vigorous Asian commercial competition, the European Union is headed towards a historic crossroads.

From the limited field of architecture we can only underscore the critical importance of building types and urban models for energy use – an essential factor in foreign dependence – and the importance of the city’s public realm for the development of civic spirit and collective will: living together is economically, ecologically and socially healthy. The two international congresses organized by the Fundación Arquitectura y Sociedad in 2010 and 2012 were convened with complementary mottoes – ‘More for less’ and ‘The common’ – that perhaps summarize well the options in this time of crisis: supplying more use and beauty while consuming fewer resources, and giving priority to everything that we share; against waste and individualism, austerity and solidarity. The ultimate meaning of living together might not be very different from this.